

El Cerro Vallejo: historia, magia y leyenda

Eduardo Gómez Encarnación

RESUMEN: El Cerro Vallejo, considerado como una de las 60 montañas más importantes a conservar en México, es un accidente geográfico de alrededor de 1500 de altura que forma parte del límite poniente del Eje Neovolcánico y de la recientemente decretada Reserva de la Biosfera Sierra de Vallejo-Río Ameca. Se localiza en la costa sur del estado de Nayarit. Su vista domina el Valle de Banderas al sur y el de Chila al norte. A sus pies fluye el río Ameca, límite estatal con el vecino Jalisco. El Cerro Vallejo fue testigo de la llegada de los pobladores originales a la región, del surgimiento y ocaso del Reino de la Nueva Galicia que prevaleció por más de 200 años, así como del actual estallido turístico, demográfico e inmobiliario de esta parte del occidente de México. En las siguientes líneas se presentan algunos hechos históricos (en ocasiones con mezcla de temporalidad en su descripción), relatos de antiguos

pobladores y leyendas sobre el Cerro Vallejo que, seguramente, fueron estimulados por su majestuosa e intimidante silueta.

Palabras clave: Andrés Vallejo, crónicas históricas, Nayarit, testimonios, Valle de Banderas.

NOTICIAS DEL NOMBRE

El Cerro Vallejo es la elevación montañosa más notable e icónica de los valles de Banderas y Chila (Figura 1). Aunque a la distancia aparece como un macizo único, su silueta está conformada por varios picos de altitud variable: el Cerro Vallejo (1,420 m), Carboneras (1,500 m), Las Canoas (740 m), El Cora (720 m), La Bandera (600 m) y El Caloso (500 m). Desde los primeros años de la Conquista, estuvo en la Jurisdicción de Compostela, capital de la Nueva Galicia. Actualmente se encuentra dentro del Municipio de Bahía de Banderas, Nayarit.

Recibido: 06/09/2024

Aceptado: 14/11/2024

Publicado: 06/02/2025

Cronista del Municipio de Bahía de Banderas, Nayarit. eelomas@hotmail.com

La Relación de Compostela de 1584, dice lo siguiente sobre el antiguo nombre de este cerro:

Los indios de la provincia le llaman en la lengua. A todo el valle, Ciutla, a significado de ‘plumaje’, por un cerro que está en medio del valle. Alto y con una punta alta, que llaman en su lengua Ziutepetl, que es decir el ‘cerro del plumaje’.

Estudios lingüísticos posteriores reconstruyen el topónimo de la región como Xiuhtla, «herbazal o donde abunda la hierba» y al cerro Xiuhtepetl, «cerro de hierba». Hasta hace pocos años estuvo muy difundida la creencia de que una mujer hermosa y fantasmal, se aparecía en los ríos y arroyos de la región: «la guapilona o huipilona»; es decir, la mujer que viste un huipil largo. La aparición está relacionada con la diosa Xiuhtlatli, beneficiadora

de las plantas y la espesura, cuyo hupilli era de color. En la *Suma de visitas de pueblos de la Nueva España*, documento publicado en 1905 por el historiador Francisco del Paso y Troncoso (1842-1916) sobre la historia de México de mediados del siglo xvi (1578), se consigna que en medio del valle existía un pueblo de nombre Ciuhtlan. Posiblemente por esta leyenda, el nombre del cerro pudiera referirse al lugar donde se venera a Xiuhtlatli.

Tiempo después, los conquistadores españoles le llamaron Cerro de Vallejo, por Andrés Vallejo, quien en un censo de 1623 aparece como dueño de un «sitio de ganado mayor y huerta de cacao; con diez o doce personas entre indios y mulatos».

EL SANTO MATEO

La magia y la leyenda distinguen al Cerro Vallejo desde tiempos de la conquista española.



Figura 1. Vista del Cerro Vallejo desde el Valle de Banderas. (Imagen del autor).

En su *Descripción de la Nueva Galicia*, el historiador y sacerdote español Domingo Lázaro de Arregui (¿?-1636), recoge algunos mitos y leyendas de los naturales del Valle de Banderas y Chila. Lo mismo hace el historiador fray Antonio Tello (1590-1653) cuarenta años después. Uno de éstos, es el de un santo llamado Mateo que habitó en los valles de Chila y Banderas:

Entre los naturales se tiene por muy cierto que en tiempos antiguos anduvo en él un santo, cuyas vestiduras eran largas y que traía corona en la cabeza. Y dicen tenía su habitación en un cerro muy alto cerca de este valle por la parte boreal; y dista su cumbre de los llanos cinco leguas, y ella señorea la mar y todo este valle, y otro que, por las espaldas de esta serranía dicha, corre por la costa de la mar, dicho de Jaltemba, de Chacala y de Chila.

Y de aquel alto dicen los naturales que les dijeron sus antepasados que les predicaba este santo y les reprendía sus borracheras y desórdenes, y cuando peleaban los exhortaba a la paz, y que ellos oían clara y distintamente cada uno en su misma lengua, y le tenían gran veneración y respeto. Y entiéndase que vino a este valle por la provincia que llaman de los Coronados, y que cae en la jurisdicción de la villa de Purificación de la otra banda del cabo de Corrientes, porque cuando entraron nuestros españoles en aquella provincia, a todos aquellos naturales hallaron con coronas abiertas a manera de nuestros sacerdotes, por lo cual les llamaron Coronados.

Acerca del feliz fin y dichosos tránsito de este santo, dicen los naturales que murió a manos de unos indios sus comarcanos

que habitaban por la parte ártica de aquella alta sierra en que el santo solía estar en el valle, y de Chacala, que cae entre la ciudad de Compostela y el valle de Banderas, en la misma rivera del mar [...] y estos dichos indios traían ordinariamente guerra contra los del valle, y viniendo un día el santo a ellos, dicen unos que le quitaron la vida, aunque otros dicen que murió entre ellos su muerte natural. Y dicen también que los indios de Ostotipac, gente belicosa y fiera que estaban más en la sierra, sabido de la muerte del santo, vinieron contra los de Chacala a cobrar las reliquias del santo, y que nunca pudieron hallarla.

Y diré aquí lo que a cerca de esto he oído muchas veces [...] decían todos que oyeron decir a sus antepasados que los indios del pueblo de Canala, que eran más vecinos a la sierra donde habitaba este santo y les visitaba más a menudo, que todos sabían leer y escribir, y así mismo sabían ellos del santo; y que decían los viejos, que cuando murió el santo se oyeron campanas por grande espacio de tiempo, y que en un escollo de la playa Chacala, en cuyo centro estaba una laguneta pequeña y en medio de ella una cruz de piedra, yacía este santo cuerpo, y que la resaca o que las corrientes y menguantes del mar la cubren y descubren haciendo entrada difícil, y que algunos procuraron entrar y nunca pudieron; ni tampoco hay luz hoy ni noticia de este lugar, porque ya no hay memoria de los pueblos ni de los que los habitaron, aunque muchas personas afirman haber oído campanas de día y de noche hacia el mar, de aquellas huertas y estancias que por allí están pobladas, y saliendo a ver dónde sue-

na el repique de las campanas, nunca se ha podido ver cosa.

Y esto de oír campanas lo afirman muchas personas que hoy son vivas y aunque lo han oído de poco tiempo a esta parte en los altos del cerro, dicen los que han subido que hay hoy en las mismas peñas pintadas cruces y otras insignias de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, y que en las peñas vivas están estampados los pies del que las pintó. Del nombre de este santo no se tiene verdadera noticia, ni más de alguna alucinación que dicen haberse llamado Mateo.

LAS HUELLAS GRAVADAS

Según relata la *Crónica Miscelánea* de fray Antonio Tello, Andrés Vallejo dio testimonio al obispo don Antonio de la Mota y Escobar sobre los prodigios por estas tierras de fray Pedro de Almonte, cuya historia se confunde con la del santo Mateo:

Este año de mil quinientos y treinta y cinco. Yendo un religioso al Valle de Banderas con Nuño de Guzmán, les dieron razón de que en aquel Valle andaba otro religioso, por señas, porque les dixeron que andaba vestido como aquel religioso que allí estaba, y con el cabello cortado como él. Y parece ser así (aunque los primeros españoles que entraron en aquel valle, hallaron los de los indios con coronas, según queda atrás tratado) donde se tomó motivo para llamarles coronados, otros dicen que de este religioso tomaron las coronas, y que sería el padre fray Pedro de Almonte, y (esto) es posible. Y que el dicho padre, quando estu-

vo con el capitán don Antonio de las Casas en la conquista de Xalaltongo (y) Xalatzinco, fuese por la sierra de Ostoticpa al Valle de Banderas; pero lo que se tiene por más cierto, es que entró por Xala y Ahuacatlán. Llevando por su compañero al padre fray Francisco Lorenzo, y que ahí se detuvo este bendito religioso predicando el santo Evangelio a los indios de Xala; y sucedió que, teniendo puesta una escuela donde enseñaba a leer y escribir, y doctrinaba a los indios, uno de ellos, huyendo de la doctrina, se fue a esconder entre aquellas breñas, y sabiéndolo el sancto, fue tras el corriendo por entre aquellas peñas, y saltando de una a otra estampó las plantas en ellas, que son las que hoy se ven; y el fundamento que hay para esto, es haberlo dicho un hombre viejo, llamado Andrés Vallejo, a quien el sancto padre enseñó a leer y escribir, y murió, y está enterrado en el Valle de Banderas, y de su boca lo oyeron muchas personas / Contaba y refería también este buen hombre las rarísimas penitencias que este sancto hacía, y que obraba Dios de ordinario muchas y grandes maravillas por su siervo, sanando.

El señor Obispo don Alonso de la Mota y Escobar, andando en la visita de su Obispado, teniendo noticia de la maravilla de las plantas estampadas en la peña, las fue a ver, y habiendo llegado, se hincó de rodillas y las besó derramando copiosas lágrimas de devoción.

Sobre este último párrafo, en una entrevista que realicé en el año 2016 al Sr. Alejandro Palomera, ejidatario de San Vicente, Bahía de Banderas, Nayarit, testificó que, en el Cerro Vallejo, lugar denominado Los Morros, hay

una piedra donde están plasmadas con claridad las huellas de un ser humano.

UN PUEBLO ENCANTADO

En la década de 1930, un vaquero de la localidad del Valle de Banderas, al servicio de don Fortunato Andrade, contaba la siguiente historia relacionada con el Cerro Vallejo:

Salí a campear la mañana de un Jueves Santo. No debí hacerlo por ser ‘día grande’, pero tuve el presentimiento del parto de una vaca y quise hallar el becerro antes que se lo tragara el tigre. Encontré la vaca por el arroyo de Huchichila, un poco arriba de donde le nombramos Piletas. Ahí estaba con su cría, que no había sido olfateada por el animal. Curé al becerro, lo subí en la cabeza de la silla y me traje la vaca arreando. Fue cerca de medio día, cuando se dejó escuchar un rebato de campanas. Aquel tan, tan, tan, se repetía entre las cañadas del cerro. Y fue tanta mi sordera, que terminé extraviándome.

No sé cuánto anduve, pero de pronto llegué hasta la plaza de un pueblo que jamás había visto. Era un lugar bonito, pero a la vez triste. Todo mundo se apresuraba por entrar a la iglesia, donde no dejaban de repicar las campanas. Todos menos yo, que descansaba montado en mi mula, a la sombra de un naranjo agrio. Por hacer algo, corté varias naranjas y las guardé en la talega: eran siete naranjas amarillas y pesadas, como si fueran de oro. De pronto, una mujer que escondía la cara tras el rebozo se acercó y me advirtió con voz hueca:

—¡Si no quieres quedarte aquí, encantado para siempre, vete antes de que suene la última campanada!

Sentí miedo y arreando la vaca me apresuré a salir. Apenas mi mula pisó la última piedra de la calle, se detuvo el escándalo de las campanas y el pueblo desapareció a mis espaldas. Todo volvió a ser como antes. Un sudor helado bajaba por mi espalda y, para quitarme el mal sabor del susto, quise pelar una naranja, pero no pude

Cuando llegué al Valle de Banderas, me salieron con el cuento de que duré perdido un año. Yo les conté lo del pueblo encantado en el Cerro Vallejo, pero ellos dijeron que estaba loco. A mí me tenía sin cuidado que la gente dijera lo que dijera; pero Clara, mi mujer, ya no se me arrimaba y hasta quiso echarme de la casa. Entonces, le enseñé las naranjas, y sólo así se contentó:

—¡Ojalá y sean de a de veras, y no otra de tus mentiras! —me dijo—.

La leyenda del pueblo y sus tesoros, encantado en un cerro, data de varios siglos atrás y no es exclusiva de la región. En Tamazula y en Pihuamo, Jalisco, se escucha la misma historia. El padre Gabriel Pulido Sendis, en sus «Leyendas de la Parroquia de San Sebastián», anota:

En el Pueblo Viejo, existió una Iglesia, ¿dedicada a la Inmaculada Concepción?

Actualmente, sólo se observan los cimientos. Sus campanas se oyen repicar por Semana Santa.

Por otra parte, aunque el cuento citado líneas arriba es increíble, existe un dato más al respecto. Así, en Puerto Vallarta, un rico co-

mercante de la época, al hablar de su fortuna comentaba: «El dinero me cayó del cielo: un vaquero me trajo a vender siete bolas de oro macizo, que tenían el tamaño de una naranja natural».

EL ORIGEN DE LA LEYENDA

Actualmente, se acepta el paso de una «Pequeña Edad de Hielo» (PEH) sucedida entre principios del siglo XVII y mediados del XIX a lo largo y ancho del planeta. Se han propuesto dos periodos mínimos (denominados Maunder y Dalton) que toman en cuenta una PEH húmeda entre 1550 y 1720, así como y una seca entre 1720 y 1850. En la antigua región de la Nueva Galicia, donde se localiza el Cerro Vallejo, el mínimo más notorio y perjudicial fue provocada por la PEH seca:

En los años de 1785 y 1786, después de una serie de sequías, heladas y malas cosechas, hubo una terrible hambruna que castigó tanto a la Nueva España como a la Nueva Galicia. Nuestra región no sufrió la mortandad espantosa que afectó al altiplano, pero sí conoció cierta escasez. En esos años se ordenó de Guadalajara que las tierras de la costa dedicaran sus veranos a la siembra de maíz. Las autoridades de Aguacatlán y Jala contestaron que no podían enviar maíz a Guadalajara, porque apenas alcanzaba para sus pobladores.

Así, el origen de la leyenda de un pueblo encantado en el Cerro Vallejo, parece originarse en los caseríos abandonados y cambiados de lugar a causa de la sequía que se acentuó en la región hacia 1778: Santiago Temichoque y San

Miguel Zanatlán, en las faldas del Cerro Vallejo, así como San Nicolás Yztapa y Quelitán en los lomeríos al sur del río Ameca.

DOS PUEBLOS FANTASMAS

Santiago Temichoque

El nombre de Timichoc aparece por vez primera en la *Suma de Visitas de Pueblos de la Nueva España*, el censo más antiguo que se conoce de la región con la finalidad de recaudar tributos, se puede leer:

Timichoc. En la nueva Galizia. En Alonso Rodríguez. Este pueblo tiene ocho barrios y en ellos ciento y seis cassados; dan treze indios de servicio en la heredad del cacao; es tierra templada, tiene buenas tierras de húmedo y de regadío y donde se pueden hazer heredades.

En 1554, frailes Francisco Lorenzo y Miguel de Estivales se dieron a la tarea de fundar varios pueblos en la región, construyéndoles iglesias y poniéndoles nombre de santos. Temichoque fue bautizado con el nombre de Santiago y su caserío fue levantado al norte del actual Valle de Banderas, cerca de los manantiales del Agua Zarca. Santiago Temichoque recibió como propiedad un sitio de ganado mayor, que se extendía desde las lomas del Cerro Vallejo, hasta los terrenos que hoy se conocen como «La Garra de Cuero».

Hacia 1574, Santiago Temichoque figuraba como el pueblo principal de la comarca. Bernabé García aparece como Alcalde Mayor del pueblo de Santiago, con un sueldo de 100 pesos oro, y quien recibió este cargo por ser yerno de conquistador.

Por 1608, los pueblos encomendados en la región eran Apetatuca, Santiago Temichoque, San Miguel Zanatlán, Cihutlan, Mayanalitlan, San Juan Papachula, Acasuchales y Quilitlan. A un lado de los pueblos aparecieron las estancias ganaderas de Las Beatas de Jesús de Nazareno en Papachula, San Juan Atotonilco de Bernardo de Balbuena, San Miguel Zanatlán de Andrés Vallejo, Xalisquillo de Nicolás Gradi-lla, así como San Nicolás Ixtapa de Francisco de Balbuena.

La «Descripción de la Diócesis de Guadala-jara de Indias» de 1670 de Matheo Joseph de Arteaga, contiene un censo de Santiago Temichoque con un padrón de cuatro haciendas de ganado mayor, «ciento y seis familias, con tres-cientos diez y seis personas». El curato estaba administrado por don Lorenzo Arriola, con pago de 230 pesos. En 1678 Pedro Rodríguez Gutiérrez, cura interino del Valle de Banderas, levantó un padrón de su feligresía. Además de señalar las almas de confesión y comunión, anotó estado civil y castas.

En el siglo XVII, casi todos los pueblos indígenas perdieron sus propiedades comunales y algunos desaparecieron. En 1695, se realizó una medición de tierras y, el único pueblo que conservaba su sitio de ganado mayor, era Santiago Temichoque.

En 1708, el bachiller Pedro Rodríguez Gutiérrez fue cura de la feligresía y Cofradía de Santiago Temichoque. En 1725 se encontraba como «cura beneficiado» don Juan Manuel Fregoso. El cura, Antonio Cesati del Castelli, asistía en Santiago Temichoque en 1730. Poco después estuvo aquí Antonio de la Peña y Tovar, originario de este lugar, quien pasando después a Compostela falleció en 1750. En 1760 Santiago Temichoque estaba registrado

como cabecera del curato de los ranchos de Chila, Las Varas, Juan Sánchez y Santa Lucía, hoy Bucerías. En 1770, «Razón y Noticia del Obispado de Guadalajara», en el censo del Partido de Tepic, registró en la comarca cuatro haciendas de ganado y 13 ranchos, 106 familias, 316 personas y un clérigo que estaba en Santiago Temichoque.

Entre de 1770 y 1785 las sequías prolongadas agotaron las fuentes de agua de Santiago Temichoque y sus habitantes recorrían largas distancias para abastecerse del preciado líquido. Los vecinos se quejaron ante el Obispado de Guadalajara de la incomodidad que les ocasionaba la falta de agua y solicitaron el cambio del pueblo a un lugar más cercano al río Ameca. En marzo de 1778, el cura del lugar, Rafael García de Alba, dio aviso a las autoridades eclesiásticas de que los vecinos habían salido del pueblo de Santiago Temichoque y se habían asentado en un lugar más próximo al agua y más sano.

El caserío quedó en el abandono y el cambio de lugar trajo el cambio de nombre. A partir de entonces, dejó de llamarse Santiago Temichoque y adoptó el nombre de Valle de Banderas. Tal vez por el temor a una nueva sequía, se asentó en El Ahijadero, un lugar abundante en nacimientos y venas de agua.

San Miguel Zanatlán

El pueblo más antiguo conocido en el área es El Colomo, que parece corresponder al poblado indígena de Çanatlan o Zanatlán. La *Suma de Visitas de Pueblos de la Nueva Galicia*, cita:

Çanatlan. En la nueva Galizia. En Joan Sánchez Herrador. Este pueblo tiene sesenta indios cassados y treinta y ocho solteros;

está este pueblo en lo alto de la sierra del Valle de banderas junto al río, en tierra templada: tiene muchos húmedos. Es tierra fértil, está seis leguas de la mar y catorze de Compostela; tiene tres leguas de términos.

Joan (Juan) Sánchez encomendero de Chi-
la. Aparece como alguacil en el ejército de
Nuño de Guzmán de quien recibió en enco-
mienda estos pueblos en la costa. Fue vecino
de Compostela y se le menciona en un pleito
contra doña Beatriz Arias, dueña de las minas
de Miravalle. Debió estar al pendiente de sus
plantíos de cacao y tener larga descendencia,
pues su nombre perdura hasta hoy en un po-
blado cercano a Altavista, Nayarit.

Hacia 1554, los franciscanos Francisco Lo-
renzo y Miguel de Estivales se encargaron de
concentrar pueblos en la región y darles iglesia
y nombre de santos. En la *Suma de Visitas de
Pueblos de la Nueva España*, se registra:

San Miguel Çanatlan. El pueblo de San Mi-
guel Çanatlan tiene veinte y dos tributarios
y un soltero: da de tributo a su Magestad
diez e siete pesos e cinco tomines, veinte
y tres fanegas y media de maíz, y veinte y
tres gallinas y media de Castilla.

Por su parte, Thomas Hillerkuss, en su *Dic-
cionario Biográfico del Occidente Novohispano*,
nos brinda datos interesantes sobre Bernabé
García:

Alcalde Mayor del pueblo de Santiago Te-
michoque, platero con tienda propia en
Guadalajara, provincia de Tepic, proveído
por la Audiencia de la Nueva Galicia, el
30 de abril de 1574, con 100 pesos de oro

común de salarios en los tributos de ese
pueblo; recibió este cargo por ser yerno
de conquistado [...]. Durante su vida, supo
abrirse paso como hábil comerciante [...].
Probablemente es uno de los principales
participantes en estos negocios entre 1574
y 1595 en la Nueva Galicia. En el Valle de
Banderas, adquirió por partida de impues-
tos maíz, guajolotes, pollos, sal, miel, cama-
rón y mantas que pagaban los pueblos de
Pontoque, Tintoque, Temichoque, Ixtapa e
Ixtapilla, Quilitlan, San Juan (Atotonilco),
Papachula, San Miguel Zanatán, Acatispa,
Orita.

En 1608, la hacienda de San Miguel
Zanatán había pasado a ser propiedad del rey.
En 1623, el Obispo Francisco Rivera ordenó se
le diera informe sobre el número de estancias
en el Valle de Banderas y la gente que las ha-
bitaba. La hacienda de Zalatlán, de Gonzalo de
Ayala, a seis leguas de Temichoque, contaba
con diez personas.

En 1688, el bachiller Pedro Rodríguez Gu-
tiérrez, Cura interino del Valle de Banderas,
levantó un padrón de su feligresía. Además de
señalar las almas de confesión y comunión,
anota estado civil y castas. De la Estancia de
San Miguel se anota:

Bartolomé González, español; ausente su
mujer por el enemigo. Juan Nicolás, indio
soltero. Joseph Gómez, mestizo; Mariana
Fragoso, su mujer. Juan Pérez, champu-
rrado; Andrea Andrade, su mujer. Miguel
Hernández, mulato soltero. Pablo Joseph,
champurrado; Lorenza de la Cruz, su mujer.
Juan Blanco, indio soltero. Juan Pasqual, in-
dio soltero. Joseph López, indio soltero. Do-

mingo Barajas, mulato soltero. Juan Joseph, indio soltero.

A principios del siglo XIX la Audiencia de Guadalajara cedió las tierras a don Antonio Romero Maldonado, quien definió los linderos en 1803 desde los puntos nombrados La Loma Pelona y La Piedra Larga, hasta el Portezuelo de los Gatos y la Sierra de Santa María Jaltemba. La familia Romero fue propietaria de la famosa Hacienda Los Colomos de Guadalajara, y es probable que a ellos se deba el cambio de nombre de San Miguel a El Colomo.

La adjudicación de los terrenos de Jaltemba a la familia Romero, coincide con la gran sequía de finales del siglo XVIII, que obligó a los habitantes de Santiago Temichoque a cambiar de sitio. Lo más probable es que este pueblo, en las estribaciones de la sierra de Vallejo, haya hecho lo mismo: mudar a un lugar cercano al río Ameca y cambiar de nombre.

SAN MIGUEL EN LA CARTOGRAFÍA

En un plano de las costas de Nueva Galicia de 1780, aparece el pueblo de San Miguel. En el mapa del Séptimo Cantón de Jalisco trazado por el Teniente de Navío José María Narváez en 1824 está señalado el pueblo de San Miguel. En un mapa del estado de Jalisco de 1867 tomado por la Sociedad de Geografía y Estadística se encuentra de nuevo. En 1880, en un mapa del territorio de Tepic, tomado por el jefe del Estado Mayor Gral. Francisco Troncoso se sigue consignando a San Miguel; el dato se repite en planos de 1889 y 1897.

En 1896, la Compañía deslindadora Gayou trazó la región con una cartografía más precisa. En el Plano perimetral de una par-

te de Compostela, en el sitio que ocupó San Miguel aparece el nombre de El Colomo. Lo mismo sucede en planos de 1900, 1905, 1908 y 1910. Aunque la Gayou había borrado el antiguo nombre de San Miguel y actualizado El Colomo, como reminiscencia de una cartografía pasada de moda, en un mapa de Jalisco de 1906 de A. V. Pascal, que se repite en 1908, de nuevo se señala a San Miguel.

Pero las mayores incógnitas para buscadores de pueblos desaparecidos e historias del Cerro Vallejo, es un mapa del estado de Nayarit publicado por la Secretaría de Agricultura y Fomento en 1922 donde aparece El Colomo y, al norte, un San Miguel que no existe. Y un plano del perfil del río Ameca y sus afluentes, levantado por E. Pérez para la Secretaría de Fomento en 1927, donde aparece el arroyo San Miguel por el rumbo, sin que hoy se encuentre registrado en la hidrografía de la región.

EL PESO DE LA HISTORIA ORAL

A continuación, y para cerrar este artículo, presento varios relatos orales que obtuve a partir de entrevistas no estructuradas, realizadas desde el año 2000 a la fecha, de viejos pobladores de la región cercana al Cerro Vallejo, las cuales son ejemplo de cómo el paisaje de una región delinea la cultura de sus habitantes. Asimismo, cabe destacar que algunos de estos relatos también los tomé de la prodigiosa memoria de mi abuelita Rosario Tovar González, allá por los años setenta del siglo pasado, y que pueden ser consultados en mi libro *Imaginario Regional* del 2008:

Don Roque Melchor

Dice la gente que el Cerro Vallejo termina en dos tetillas y, en medio de éstas, una explanada donde se forma una laguna. Antiguamente solían visitar esta laguna los gansos canadienses, conocidos en nuestra región con el nombre de patos ‘piruleros’.

Don Roque Melchor, quien vivió en el pueblo de Valle de Banderas, en los años cincuenta del siglo pasado, nos contaba esta curiosa anécdota:

Habiéndose aliviado su mujer de parto, y no teniendo dinero para sobrellevar la ‘cuarentena’ con caldos de gallinas, decidió alimentarla con patos ‘piruleros’. El hombre, al verse sin armas ni trampas para cazar los patos, concibió la siguiente idea: fue a la tienda de Don Mariano Santana, pidió fiado una bola de hilo fuerte, una aguja mediana, un puñado de maíz y varios cubos de sal inglesa, purgante efectivo utilizado en esa época.

Con estas cosas guardadas en una talega, Don Roque se encaminó al Cerro Vallejo. Cuando estuvo a orillas de la laguna, el hombre pasó el hilo por la aguja y ensartó un grano de maíz, que luego untó con la sal inglesa; enseguida arrojó el maíz entre los ‘piruleros’ y esperó escondido. Minutos después, uno de aquellos animales descubrió y se tragó el grano. El purgante no se hizo esperar y, en poco tiempo, hilo y grano fueron expulsados por la cola del pato.

Don Roque entusiasmado jaló al ave, la recorrió en el hilo y volvió a untar con el purgante el maíz, para arrojarlo de nuevo

entre la parvada. De esta forma atrapó otro pato, luego otro, otro y otro

Cuando completó cuarenta animales, ató las manos a cada extremo del hilo y espantó a las aves pegando de gritos. Fue así como se vio levantado en el aire, y volando desde el Cerro Vallejo, Don Roque dirigió a los patos hasta aterrizar a media plaza del poblado.

En mi libro *De los Indios Banderas* del 2008, el profesor Juan Manuel Gómez Encarnación recrea esta misma anécdota en un cuento titulado «Rutilio Espiricueta».

Manuel García, de El Colomo (entrevista realizada en el 2017)

Se dice del Cerro Vallejo muchas cosas. Una de ellas es que de un de repente se ve una bola de lumbre que va y se estampa allá, y hasta se oye el tronido onde estalla; una cosa de sorprender que una bola de lumbre así, que alumbra mucho, se va y pum se oye cuando pega. ¿Qué será? Sabe.

Por ejemplo, se habla del Cerro Vallejo que es un cerro encantado, que es un cerro mágico. Las personas mayores hablan de que un señor del Valle fue al cerro en busca de una vaca y de repente oyó campanadas y era un pueblito donde estaban entrando a misa. Y él llega y amarra su mula, había una placita, y se mete a la iglesia, pero alguien se arrima y le dije ‘vete rápido porque si no te vas, ya no te vas a poder ir, te vas a quedar aquí encantando’. Entonces el salió, desamarró su mula y agarró unas naranjas del palito agrío, corto dos y las echo a los vaquerillos. Pero lo curioso es que nomás

caminó tantito y se desapareció el pueblito y acá ya no eran naranjas, eran bolas de oro son pláticas de gente, son cosas que a lo mejor existieron.

Los cazadores que han estado en el cerro dicen que un de repente oyen como que se les viene el cerro encima, una cosa fea y esas cosas son indicios de que algo hay. Hace muchísimos años, en tiempos de la hacienda, iba un vaquero siguiendo una vaca para ahijarla cuando llegó a una parte donde estaba una cueva, una cueva grande salían murciélagos de ahí. Se metió y le causo admiración todo lo que vio, pero tuvo miedo y sólo sacó un rifle y una espada con la manija de plata. Esa todavía ha de existir aquí porque el administrador El Cuatante que tenía Ramón Maisterrena, ese se hizo del puño de esa espada. Después muere y vino a parar a manos de un hermano. Muere el hermano, Pedro Castañeda, y la empuñadura queda en manos de un señor que se llamaba Francisco López de aquí, ya de ahí para acá no supe donde quedaría, pero ese ese puño, esa empuñadura estuvo aquí. Y el rifle, un rifle viejo de esos que les llaman treinta, o por ahí. Pero lo curioso es que después se dieron a la tarea de buscar esa cueva y jamás la hallaron, jamás la encontraron.

Nicolás Cueva Ávalos, de Fortuna de Vallejo

Fortuna de Vallejo es una localidad que se encuentra en el paso de la brecha que va del Valle de Banderas a Compostela, conocida como «La Cucaracha». Nicolás Cueva Ávalos nació el 6 de diciembre de 1942 en San Sebastián del Oeste, Jalisco, sus papás lo trajeron de brazos

a este lugar y me contó los siguientes cuatro relatos asociados al Cerro Vallejo:

Cuando llegué a Fortuna de Vallejo, el poblado se llamaba Las Mesas y Las Glorias. Hace muchos años estuvo aquí una compañía que se dedicó a sacar durmientes para la vía del tren. Los hacían de madera de coapinole porque es madera dura, de puro corazón. Los durmientes se hilaban a pura hacha. La compañía puso un campo en ‘Los Pozos’. Hasta ahí llegaba un camión donde los cargaban con un tecele. Luego pusieron un aserradero de amapa, juanacaxtle, barcinillo y un poco de caoba.

Había muchos chonchos, parvadas, los atontábamos con resortera. Son buenos preparados en mole o en birria. Dicen que no es bueno darle a comer los huesos de los choncos a los perros porque se vuelven locos. Que son venenosos porque se alimentan de la vaina de una planta que se llama chilillo y es mejor enterrarlos. Había también guajolote silvestre. En Fortuna todavía se ven muchas chachalacas. También hay animal de uña. Antes los tigres llegan hasta la orilla del rancho; hoy donde abundan es en la Majada del Teniente. Otros animales del monte son el venado, jabalín, tejón, ardilla y onza. En ese tiempo todos éramos cazadores, pero los más reconocidos fueron Miguel López y Pedro Magallón.

El oso y las lluvias:

antes llovía mucho en Fortuna de Vallejo. Pero se cuenta que en una ocasión unos cazadores creyeron encontrar un oso en el cerro. Le apuntaron y cuando quisieron

dispararle, el oso, que en realidad era un ermitaño, les dijo que si lo mataban iba a dejar de llover y de seguro lo hicieron porque ahora llueve poco en Fortuna de Vallejo.

Las trompetas de San Gerónimo:

el día 13 de junio de 1996 hubo una tormenta con ventarrón tan fuerte en Fortuna de Vallejo que se dejaron escuchar las Trompetas de San Gerónimo, las del juicio final. Nada milagroso ese día, lo que sucede es que entre la gente del lugar existe la creencia de que cuando cae un vendaval, tocando el cuerno se puede deshacer la tormenta; ese día fue don Nicolás Cueva Ávalos quien hizo sonar el cuerno ese con que se llama al ganado para desbaratar la tempestad.

El chan de los venados:

el chan de los venados es un espíritu protector del monte que se presenta a los cazadores que han cazado muchos animales para evitar que sigan matando. A Miguel López, de Fortuna de Vallejo, se le apareció el chan de los venados.

En esa ocasión, su mujer le dijo que no fuera de cacería porque ya no hallaba que hacer con tanta carne de venado: había regalado varios cuartos a los vecinos, algunos lomos a los parientes, en los alambres del patio colgaban los tasajos de cecina; total, ya ni los perros se comían los dentros. Pero él se echó al hombro el rifle 22 y no le hizo caso, porque para Miguel la cacería de venados se había convertido en un vicio.

Cuando llegó al aguaje preferido, ya estaba oscureciendo. Miguel encendió la lámpara de carburo, se desnudó como lo hacen los cazadores expertos y se escondió detrás de una gran piedra, buscando el lado contrario del viento para que no lo olieran los animales.

Las horas pasaron muy lentas en una noche intensamente oscura. No había ningún ruido, ni siquiera el chirriar de las chicharras; de vez en cuando la luz de un tagüinchi cortaba aquella oscuridad como ala de cuervo. No había animal que bajara al aguaje; vaya, ni el tlacuache que es tan descarado. A Miguel le pareció extraño tanto silencio y aquella lentitud de tiempo detenido, pero Miguel no era de los se rajaban: 'el que terquea mata venado'. Era su refrán de cazador. De pronto escuchó un discreto quebrar de ramas secas, de huellas precavidas crujiendo en la hojarasca de abril. 'Es lo que espero...' pensó Miguel mientras se agachaba con cautela buscando la lámpara para aluzarlo, pero la flama del carburo se había apagado desde hacía rato. Miguel no se amilanó. Repechado en la piedra se fue levantando poco a poco. El filo de la roca le sirvió de mampuesto y apuntó hacia donde escuchara el ruido: 'a tanteo, que al cabo no es la primera vez', se dijo, pero no fue necesaria la lámpara. Frente a él estaba el venado más grande y hermoso que jamás haya visto, rodeado de una luminosidad irreal.

Miguel apuntó unos segundos y disparó; ¡bang! ang! ang! la explosión de la pólvora parecía extenderse por medio mundo pero el venado no se movió un centímetro de donde se encontraba. Miguel tuvo oportunidad de cargar y disparar un tiro más, que

para él fue mortal, pero el ciervo seguía ahí, en pie, con la mirada puesta en el cazador. Un sudor frío le recorrió la espalda y sintió se le paraba el pelo de la nuca. Sacó una tercera bala y con la navaja de cacería le marcó una cruz profunda en la ojiva. ‘Esto no es cosa de este mundo pensó santiguándose, y disparó aquel tiro que debió haberse expandido en el centro del corazón ¡Pero el animal siguió en pie sin rasguño alguno!

Enseguida el venado dio unos pasos y llegó hasta él. Miguel lo vio venir, se le escapó el rifle de las manos y se quedó petrificado. El animal lo olisqueó mirándolo a los ojos con tristeza y algo pareció murmurarle en el oído; enseguida dio vuelta y desapareció entre el monte con su luz fosfórica.

Miguel no supo cómo, pero llegó a su casa de madrugada. Cuando su mujer le preguntó ‘qué tal te fue, el cazador no pudo responderle. Así permaneció mudo y con fiebre varios días.

‘Debió haber tenido más de ocho puntas y una mirada que parecía de gente’ dijo ya que pudo relatar lo sucedido.

Desde entonces Miguel se volvió melancólico, poco sale a cazar y cuando lo hace, regresa sin ninguna pieza.

Bruno García Raigoza, de Valle de Banderas (entrevista realizada en el 2010)

El Encuerado está del Coapinole, así, pal lado de río, le decían El Encuerado, ahí viví. Soy de San Sebastián, nací en el 1909, voy a ajustar 102 años. Mi segundo apellido es Raigoza, mi papa Pablo García Robles, mi

mamá Guadalupe se llamaba, mis hermanos Pablo, Victorino, Ramón. De ahí nos venimos a Carboneras y de allí nos venimos acá, al cerro, le dimos hasta el piquete del Cerro Vallejo. Cuidamos ganado de mi padre y cuidamos ganado ajeno al tercio.

Vivíamos nosotros así, en una loma pal lado del mar se vían las olas y para allá, se oyía como un ruido de música para acá puro cerro y para allá, música se oía. Sabe que sería pal lado del mar, estaba muy lejos y se oía música. De ahí baja uno pa Monteón, ahí se oyen ruidos, como está en alto y encajonadón, toda la noche se oyen ruidos.

Hay una piedra que se llama la Piedra China. Y un día me fui a dormir allí. Hice un tapeistito de palapa, puse una palapa, y en la noche salió un señor vestido de blanco, pero no le vía cabeza. Y platicó conmigo y ya de ahí se jue, llegó a la Piedra China y ahí se perdió. Ahí en el cerro estaba la piedra así, grande, y como a media piedra ahí se perdió.

Doña Margarita de García

Una vez estaba yo sentada así y se me arri-mó una culebra blanca, enrollada. Estaba yo en un tapanquito.

—Mira Bruno —le dije yo— y diciéndole eso se fue la culebra, se fue la culebra, a Bruno ya no le tocó verla.

—Le hubieras dado con algo —me dijo— ahí estaba el dinero.

—No —le dije—. Le dije que no traía con qué darle, era blanca, redondita y dice Bruno que ahí estaba el dinero.

Amparo Villalvazo «La Cuatita», de San José del Valle

De fresca memoria Amparo Villalvazo a sus casi cien años de edad, cuando se le aborda para una entrevista, contesta:

Yo nací el 13 de septiembre de 1920, a las 8 de la noche en San Sebastián de Oeste, me bautizó el padre Cordero me confirmó el padre Hurtado me confesó el padre Escalante y me casó el padre Galaviz, mis papás fueron Eliseo Gómez y Carmen Villalvazo, mis hermanos, la otra cuata, Virginia Gómez y Lupe Gómez.

En una plática con Carlos Hernández en abril de 2016, «La Cuatita» le contó:

Se usaba que la gente –había mucho venado– iba la gente, había gente que se dedicaba nomás a cazar venados. Don Sabino, el padre de Doña Judith, iba para allá, era tío de Bruno e iba para allá y llegaba ahí, a La Majada. Y un día se levantó el viejito y –hasta eso no estaba tan viejito todavía– y me dijo:

‘Oye Cuatita, lavas el asador’. Porque antes se estaba con la creencia de que lavando el asador se mataba pronto venado. Y sí, ya lavé el asador y se fue. Y pos se le hizo tarde y antes había mucho tigre allá, había mucho animal, y le dije a Bruno:

–Ay, oye. ¿No mataría el tigre a Don Sabino?

–Pos sabe... Ya nos quedamos.

Y otro día, como a estas horas llegó y me platicó:

–Ay Cuatita, ¿Qué crees que me sucedió?

–¿Qué, Don Sabino?

–Mira: yo iba para allá, pa donde iba a cazar venado, porque siempre iba para La Zeta, cuando vi un venado y me fui siguiéndolo, y dice, cual sería mi sorpresa, que un de repente vi un templo muy bonito y unos naranjos bien bonitos, llenos de naranjas. ¡Ah! –dije– me voy a llevar unas naranjas. Y ya, agarré mi talega y cuando quise cortar naranjas me voy viendo en un monte, un montón de garabatos, un monte tan feo, ¡ay!, ¿qué voy a hacer? Ya no sabía ni pa donde andar ni pa donde salir, no puede. Y me tuve que subir a un palo pa esperar otro día y poder salir. Eso me sucedió.

Y si se oyian las campanas para los días santos. Y se oyian bien, bien, así nomás las campanas. Pero ya toda le gente vieja como yo ya sabía que se oyían en el Cerro Vallejo, que estaba encantado. Ya le digo: eso le pasó a Don Sabino, que vio un templo bien bonito y unos naranjos.

–Y ¿Qué iba a hacer por allá si ya sabía que estaba encantado?

–No si yo no pensaba en eso, yo iba siguiendo un venado –me dijo–.

Del Valle para allá estaba La Majada, La Zanja Verde, La pineta, todos esos ranchos.

Doña Rufina Cárdenas, de San Juan de Abajo

Si el cerro estuviera encantado, alguien se hubiera perdido ya. Si se oyen cosas. A mí me tocó eso, estaba como de la edad de cuatro años cuando estuvimos en ese cerro en ese campo.

El cerro ese se derrumbaba en la noche. Se oía el estruendazo como que se caiba,

como que rodaban piedras. Le hablaba mi padre a mi madre:

—Bernarda, Bernarda, mañana ya vas a ver pa La Peñita, ya se cayó el cerro —Y se oía el run, run, run, derrumbándose el cerro—.

Campanas una sola vez las oí al puro medio día, repicarse muy bonito. Un repique largo de unas campanas especiales a puro medio día era un domingo, muy ladinas.

Aquí por el arroyo pa arriba de Huichi, allá por un rancho que le dicen El Aguacate, allá vivió un señor vaquero de Don Sebastián Arreola: se llamaba Librado Reyes y la señora María. Y me pidió prestada pa que le ayudara con un niño, y me presto mi madre, allá pa arriba, pal cerro. Y corría el arroyo hacia abajo:

—Doña María, deme los pañalitos del niño pa irlos a lavar ahí —y me fui—.

Y cuando ya venía saliendo me empezaron a tirar pedradas. Doña maría me decía que no fuera porque ahí, que salían unos monitos, salían unos niños muy groseros.

—Ah, yo por qué; yo no voy a pelear, yo voy a lavar —le decía—.

Ya llegaba yo y me ponía a lavar. Limpio todo aquello, estaba limpio, nomas ahí donde nacía el agua había mucho colomo y guamaras y unos arboles altos; el arroyo corrí por otro lado. Y ya bajaba yo y salían yo decía.

—Ahí viene un niño —pero no me habla— ahí viene otro.

Pero yo ya sabía que ahí salían, me decían que eran duendes, con un trajecito. Salía agua por entre las güamaras. Y ahí vienen, poco a poco iban saliendo y jugaban

ahí, se bañaban en el agua. Y doña María me gritaba:

—Ya vente, ya vente. Yo acababa de lavar dos tres calzoncitos o pañalitos y me iba.

—Te digo que ahí hay unos niños groseros —me decía—.

—A mí no me dijeron nada.

Y estuve bajando así y un día salieron como unos ocho o nueve tirándome pedradas.

—Yo no vine a pelear, yo vine a lavar estos trapitos. ¿Por qué me tiran? Yo no les estoy haciendo nada y váyanse de ahí, no estén tirándome pedradas.

El caso es que los días que estuve ahí yo diario bajaba y salían los duendes.

LITERATURA RELEVANTE

- Briones Franco, J. (2018). *Fundación de pueblos en Sinaloa y Nayarit*. Archivo Histórico General del Estado de Sinaloa.
- Gómez Encarnación, E. (2007). *Imaginario Regional. Mitos, leyendas y creencias en los pueblos de la Bahía de Banderas*. CECAN-CO-NACULTA-VI H. Ayuntamiento de Bahía de Banderas, Nayarit.
- Lázaro de Arregui, D. (1946). *Descripción de la Nueva Galicia*. Escuela de Estudios Hispano - Americanos de la Universidad de Sevilla.
- López Portillo y Weber, J. (1976). *La conquista de la Nueva Galicia*. Universidad de Guadalajara, INAH.
- Paso y Troncoso, F. del. (1905). *Volume I: Suma de visitas de pueblos de Nueva España*. Por orden alfabético. Manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, por orden alfabético.

—. *Relación de Visitas de Pueblos de la Nueva Galicia 1548.*

Tello, A. (1891). *Libro segundo de la Crónica Miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la Santa Provincia de*

Xalisco en el nuevo reino de la Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento de Nuevo México. Imprenta de la «República Literaria» de Ciro L. de Guevara y compañía.